

Goya desde su estancia en Burdeos se convierte en pionero de la litografía en España. Pero hubo de necesitarse una tarea de información sobre el nuevo método, que revolucionó la difusión de la imagen, con un procedimiento hartamente más libre que el del grabado en cobre. Por eso se concede en esta obra una gran extensión al nuevo arte de la litografía.

Pero los procedimientos tradicionales, como la xilografía, experimentan poderoso resurgimiento. Su facilidad para potenciar el trazo, el hecho de que el grabado pueda intercalarse en las columnas, facilitando la ornamentación de la página, son circunstancias que coadyuvan a su éxito. Pero conjuntamente brilla el aguafuerte, técnica sapientísima, que han de gobernar artistas máximos, como Fortuny.

La revista no puede tener aceptación si no va acompañada por el grabado. El número va creciendo. El *Semanario Pintoresco Español* usa el grabado en madera. *La Ilustración Española y Americana* amplía el repertorio técnico (litografía, xilografía, aguafuerte, hasta las técnicas fotomecánicas). Asombra repasar las páginas de esta revista de gran formato, llena de ilustraciones sugestivas y bien documentadas. Uno de los méritos de este libro es precisamente haber logrado este acercamiento a los *Magazines* del siglo XIX.

La pluralidad política, la libertad de expresión, son aprovechados por el grabado, en esas páginas satíricas, llenas de humor y penetrante crítica. La Guerra de la Independencia abrió las puertas de la sátira, que se ensañó con el invasor. Luego vendría la *Epoca del Esperpento*, tras el derrocamiento de Isabel II, en que la ilustración mezcla la ironía, la acre censura y la jerigonza. No queda títere con cabeza. Quizás tanta crítica demolidora no fuera buena, pero para el arte fue una válvula de escape.

El estudio se introduce en el siglo XX. El artista se sacude la inevitable recurrencia al grabador. Él es grabador. Ricardo Baroja, Gutiérrez Solana, Dalí, Picasso, nos redimen de la indigencia de grabadores gloriosos. Y como el grabado es ante todo ilustración, ahí está la avalancha en la Guerra Civil. También se luchaba con grabados.

Este volumen tiene una significación especial: de otras materias estamos bien provisionados de bibliografía. Del grabado sabemos muy poco. Lo que ahora conocemos del grabado de los siglos XIX y XX sacia la curiosidad y estimula el gusto. Ciertamente la pulcritud de la edición y el cuantioso repertorio de ilustraciones favorecen el resultado.—J. J. MARTIN GONZALEZ

RODRIGUEZ LLERA, Ramón, *Arquitectura regionalista y de lo pintoresco en Santander (1900-1950)* Colección «Pronillo», Santander, 1987. 427 páginas.

Santander es uno de los ejemplos más elocuentes de la vitalidad que la periferia ha experimentado en la Península desde el siglo XIX. Por otro lado el carácter veraniego que se asocia a su imagen, propicia una actitud de simpatía. Es ventaja para quien desee conocer la ciudad, que cuenta en su bibliografía con el excelente libro que vamos a comentar.

Es ya planteamiento rutinario estudiar conjuntamente arquitectura y urbanismo. Si se desea conocer Santander, por fuerza habrá de comenzarse por atender a los planes urbanísticos. El despegue de la ciudad se efectúa a partir de la llegada del ferrocarril, cuyas obras comenzaron en 1852. La comunicación con la Meseta era y es cuestión esencial para la vida de la ciudad. Desde este momento se planifica la mejora del Puerto, con rellenos ganados al mar; muelles y creación del poblado industrial de Maliaño. El objetivo era mejorar la ciudad portuaria. Se redactan planes de ensanche, con regulación de trazados. De entre ellos merece la atención del autor el de Lavín Casalis, de 1896, en que se aprecia la profunda influencia de Ildefonso Cerdá. La

demografía se muestra en expansión. Surgen edificios que junto a su carácter utilitario llevan la noble prestancia a que les obliga su carácter representativo. Da idea de esta política edilicia el Plan Extraordinario que acometió el Ayuntamiento en 1896, proyectándose el Palacio Municipal, la Pescadería y el Mercado. La tecnología del hierro se aliaba con los caprichos decorativos. Severino Achúcarro levantaba una ostentosa Estación del ferrocarril.

Sin embargo lo que habría de dar carácter a la ciudad responde a un programa bien distinto. Fuera del puerto, la mirada se tiende extensamente por el Cantábrico. Esa zona se proyecta como ciudad para el esparcimiento. Las playas de moda atraían a la aristocracia, la burguesía y en excepcionales circunstancias a la propia casa real. ¡Cómo no recordar la emulación de San Sebastián! El viaje comienza por razones de salud; pero sigue el divertimento y acaba en el juego. De ello ejemplifica El Sardinero: Hotel Real, Gran Casino, Campo de Polo.

Allí florece una arquitectura y un urbanismo. El plan es el de ciudad-jardín. Hay una filosofía de lo natural. A la lógica de la ciudad utilitaria, se opone aquí el gobierno de lo «fisiocrático». Es el reino de lo «pintoresco». Los edificios rehuyen el monumentalismo. Se salvaguarda lo íntimo; la construcción persigue el ideal británico de «cottage».

Y es bajo el prisma de lo pintoresco como surge La Magdalena. Es un edificio para una deliciosa península. Se hace un concurso y en él descuellan los proyectos de ambientación inglesa. Compiten Wornum y Riancho-Bringas. Al fin el triunfo será de éstos. Todo el repertorio de la arquitectura gótica inglesa está presente. Su carácter exento, hará que se gocen todas las fachadas. Este regalo hecho en 1908 a los nuevos reyes de España, se perfilaba como el lazo que uniría Santander con la monarquía. No sería así, aunque un distinguido cometido quedaría para el palacio, después que en 1931 se reuniera en Santander la flor y nata de la intelectualidad española, con Unamuno a la cabeza.

A la arquitectura de lo pintoresco une el autor la del «regionalismo». La iniciativa compete a un sólo personaje: Leonardo Rucabado. Pero bastó. Andaba a la búsqueda de un estilo «Montañés», extraído de las tradiciones regionales. Se desvió del historicismo decimonónico, buscando las raíces en los antiguos palacios de la provincia. Así recuperó torres, soportales, cornisas, balconadas. Eran los tiempos de la nueva arquitectura desnuda, descontextualizada. Para Rucabado el arquitecto no podía renegar de su condición de artista.

En los años treinta Santander ve aparecer la arquitectura funcional, en edificios como el Club Marítimo, de Bringas Vega. Después vino la guerra civil. En 1941 se produjo el desolador incendio. El Plan de Reconstrucción uniformizó manzanas, aumentó la densidad de viviendas, rompió el carácter vernáculo en aras de lo práctico y rápido. Santander no era ya Santander.

Un estudio que participa de lo minucioso; que ofrece datos, imágenes, fotografías, planos originales; adobado por quien ha leído mucho y tiene la mente lúcida para juzgar, no pocas veces con pasión, pero siempre con acierto.—J. J. MARTIN GONZALEZ.

SANCHEZ-MORENO DEL MORAL, Fernando, *Historia del Palacio de Capitanía General de Burgos y sus antecedentes*, Edición de la Capitanía General de Burgos, Burgos, 1987, pp. 333, numerosos fotograbados, planos y dibujos.

Con justo orgullo la Capitanía General de Burgos ha editado un libro que ofrece la historia de este organismo militar y de los edificios que le han servido de alojamiento, hasta hacerlo en el magnífico en que actualmente se halla.

Feliz idea de historiar al propio tiempo la institución y su edificio, ya que el arte